

## EL SEÑOR DEL ARBOL

Por  
Alejandro Carrión

Allá arriba es frecuente una temperatura de 4° C: es en la Sierra de Chilla, un ramal de la Cordillera Occidental de los Andes en la Provincia del Cotopaxi. Desde esa altura, llamada la Colina de Yugsiloma, se tiene, en compensación del frío, una hermosa vista: la espléndida llanura de Guaytacama que significa algo así como "guardián de las flores", en el poético idioma quechua.

En Yugsiloma está el pequeño caserío de Cuicuno, que dista de Guaytacama cuatro Kilómetros de una ardua cuesta barrida por los vientos. Humilde, congelado, con su suelo casi estéril, Cuicuno es el escenario de los milagros, porque allí mora el Señor del Arbol, el más milagroso de todos, en cuyo culto se dan la mano el catolicismo y la naturaleza. Está también el hermoso templo que alberga el portento. De todo el país, en romería inacabable, los campesinos suben a pedir al Señor del Arbol la salud y a contarle sus penas.

En la lejana Colonia, Yugsiloma no era sino un olvidado pajonal peinado y despeinado por el viento helado y aullante. A tal soledad, cuenta la leyenda, llegó el indio Domingo, antiguo guasicama de los Barahona de Guápulo, con su mujer Feliciano y dos hijos aún niños. Resolvieron quedarse en ese despoblado y compraron el lote de Cuicuno en extensión de dos caballerías por el valor de dos pesos y medio, el ahorro de toda su vida, al español Robayo, dueño de la tierra. Allí el indio levantó su choza y sembró algunos árboles, para templar el viento. No arraigaron, excepto un quishuar "molle", por otro nombre y en su vecindad cultivó cebada. Cuidó también un pequeño rebaño de ovejas.

El quishuar desarrolló poderoso tronco, fuertes ramas y fonda tupida en poquísimos tiempo, lo cual fue motivo de admiración. El indio Domingo, un mal día, notó que se le había perdido una oveja y culpó al árbol. "Aquí se han de esconder los shúas", dijo y fue en busca del hacha. Desgajó la primera rama y al hacerlo pudo ver con claridad el hermoso milagro; perfectamente tallado en el tronco, Cristo crucificado lo miraba. Sus brazos eran las dos ramas del árbol aún ilesas, llenas de hojas, de los pequeños frutos rojos y de nidos. Domingo llamó a Feliciano y a los niños, echó lejos el hacha y de rodillas, con los suyos, adoraron al Señor del Arbol hasta bien entrada la noche.

Más tarde, frente a la increíble imagen, vino la discusión de si era "nacido o hechizo". Monseñor Alfonso Sarzoza, cuyo libro sobre el Señor del Arbol seguimos en esta crónica, explica que el pueblo creyente califica de "nacida" a una imagen religiosa cuando, por especial favor divino, no ha intervenido la mano del hombre en su talla o pintura, como es el caso de Nuestra Señora de Guadalupe, que apareció milagrosamente pintada en el poncho del indio Juan Diego. El Señor del Arbol, según su leyenda, es "nacido".

Los que se oponen a ello, recuerdan que el propio indio Domingo recibió, en la mañana del día del milagro, según lo relatado la inopinada visita de "un desconocido", con quien no habló por sospechar que se trataba del ladrón de sus ovejas. En lugar de hablar con él fue a por el hacha, y al atacar al árbol y encontrarse con el milagro, el hombre ya había desaparecido. Según los que creen que la imagen es "hechiza", o sea obra de mano humana, suponen que ese desconocido era el escultor que al terminar su talla fue en busca del indio Domingo para mostrársela. En estos términos queda la

cuestión, pero se hace notar que el pretendido escultor nunca más volvió, y que los escultores no trabajan tallando árboles vivos, su materia es siempre madera bien seca.

He aquí la hermosa descripción que hace Monseñor Sarzoza del Señor del Arbol: "Como protegido por la cavidad del tronco, está tallado el cuerpo del Señor. Sus brazos se extienden hacia las dos ramas en longitud desproporcionado. Tiene su cabeza erguida, sus labios entreabiertos y sanguinolentos, sus ojos opacados de infinita tristeza. Sus pies están juntos, no uno sobre otro, como es la postura más conocida. Todo su cuerpo está plagado de llagas. Sus rodillas, hombros y tobillos presentan horribles heridas. Su rostro y su cuerpo están surcados por arroyos de sangre. Su rostro está amoratado por los golpes, renegrido por el polvo y las salivas. Sus cabellos mesados, en desaliño, humedecidos por la sangre que la corona de espinas arranca de su divina cabeza. La expresión de angustia de su rostro es admirable. Parece que el cúmulo de congojas morales y torturas físicas, ha llegado a su cima; que la cabeza de Jesús, pesadamente agobiada sobre el pecho, de pronto se levanta para dejar escapar un sollozo. Sus ojos buscan a alguien en la lejanía. A alguien que le consuele y tenga de él piedad". Hemos de rendir aquí al anciano sacerdote un tributo: sabe escribir hermosamente, su descripción es digna del sagrado objeto descrito.

No es posible relatar todos los milagros del Señor del Arbol de Cuicuno. Son millares, millones talvez. Ha producido el arrepentimiento en los pecadores impenitentes, ha curado la constante infidelidad de malos maridos y peores esposas, ha vuelto al hogar a los hijos pródigos, ha devuelto la fe a los incrédulos, ha dado fin a las sequías y a los diluvios, ha curado enfermos ya en agonía, ha limpiado leprosos, ha rescatado arrieros que rodaban al abismo con sus acémilas, ha salvado a la buena gente de la miseria, ha encontrado animales robados o perdidos, ha sacado a buenas gentes de la miseria, ha sacado a buenas gentes sanas de entre las ruedas de autos conducidos por irresponsables, ha ayudado a trabajadores humildes a escapar de las garras de los usureros... Repito: no es posible contar todos los milagros del Señor del Arbol de Cuicuno.

¿Desde cuando existe el Señor de Cuicuno? La Parroquia de Guaytacama existe desde 1829, su primer cura fue el Presbítero Juan Bautista Pintado, Antes, Cuicuno pertenecía a Saquisilí, y en un inventario de 1835 ya se cita "una imagen de N.S. Crucificado en un árbol ya seco de quishuar". Otro inventario, de 1875, dice que la imagen existe "desde tiempo inmemorial" y añade que puede tener más de 200 años. Sería entonces de 1634. Por este tiempo vino desde Chile la devoción del "Señor del Arbol" y se tallaron imágenes de esta advocación en Aloag, Poaló y Pomasqui, donde aún se veneran. Se trata siempre de Cristos tallados en el tronco de un árbol, cuyas ramas bastos son sus brazos. El Señor de Cuicuno difiere de estas imágenes en que el árbol en el que se encuentra tallado no ha sido desarraigado y continúa con sus raíces hundidas en la tierra. Nadie lo ha separado aún de ella. En los inventarios parroquiales constan regalos de objeto de valor para el santuario desde antes de 1829. Hay inventarios desde que Cuicuno se incorporó a la Parroquia de Guaytacama. En los que corresponden a Saquisilí, a donde perteneció antes, hay también algunas menciones.

El santuario de Cuicuno comenzó por ser una ermita, con techo de paja y sus "constructores" procuraron no meter en ella al árbol, cuyas ramas sobresalían de la cubierta de paja", dice Monseñor Sarzoza. al ver que el árbol seguía creciendo y la imagen se deformaba, mataron al árbol quitándole toda su corteza, pero no lo desagarraron. Sin embargo, quedaron ya sus brazos con una notable deformación anatómica, inclusive la cabeza se deformó un poco.

En el inventario de 1835 se describe la tercera capilla, de 25 varas de largo construida de cangagua, con cubierta de teja, con una torre dos campanas, piso

enladrillado, paredes blanqueadas, pintado, un solo altar de cedro tallado y en un nicho encerrada la imagen, sin que el árbol haya sido desarraigado. Así lo describe el cura entonces, Presbítero José Fáliz Proaño. En 1870 le cambiaron la techumbre y le construyeron una nueva fachada, de estante alta y rematada en una punta de diamante". una reja de plata rodeada del nicho del Señor, (posiblemente un viacrucis) adornaban la capilla y en 1875 se introdujeron en el nicho "tres imágenes artísticas y de un acabado perfecto" la Dolorosa, San Juan y la Magdalena, componiendo así un Calvario completo: son las mismas imágenes que ahora hay.

En 1863 se robaron las campanas y muchos objetos sagrados, parece que se trataba de unos síndicos "shúas". Hasta 1880 las ramas del árbol, ya secas, desde luego, sobresalían no solo del nicho sino del techo de la capilla, lo cual daba lugar a muchas goteras. En ese año el cura Juan Antonio Navarro levantó un nuevo techo, muy alto, de modo que las ramas quedaran dentro. Las cortó "a un largo conveniente", "dejando solo dos bastante largas, sostenidas con abrazaderas de desgajara" sería interesante ver aquello y como de poco a poco murió el señor Navarro, la gente no dudó en atribuir su muerte a un castigo divino por haber cortado las ramas del santo árbol. "Al día siguiente de haberlas cortado, mientras volvía al santuario, vomitó sangre, y quedó instantáneamente muerto", dice textualmente una crónica de la época citada por Monseñor Sorzoza. En su libro este sacerdote dice que es curioso anotar que los campesinos indios "no se arrodillan ni rezan ante el rostro del señor, sino a su espalda, junto al tronco", por lo cual teme que exista "veneración" y aun adoración, no por la imagen del Señor, mismo, divinizándolo y haciendo de él un ser vivo e inteligente "lo cual sería idolatría pagana. En realidad, es posible que se trate de un sincretismo entre la religión católica y un inmemorial culto al árbol, a la naturaleza, que en esta advocación tan extraña sobrevivía aún.

El Arzobispo Pólit, en 1922, resolvió edificar un nuevo santuario "de tal modo que se conserve la capilla vieja", y el Padre Pedro Bruning, famoso arquitecto religioso, hizo unos planos de "bella concepción, en estilo románico: una cruz latina sin naves". El párroco Wenceslao Izurieta puso la construcción en manos de un "albañil mayor" y en 1936 "no se había adelantado gran cosa: los muros no pasaban de dos metros de alto y la hierba había crecido sobre sus grietas". En 1940 reiniciaron con vigor las obras, impulsadas por el Cardenal de la Torre, pero no siguieron el plano y, como dice Monseñor Sarzoza "causaba horror ver una cosa deforme sin noción de belleza". El Arquitecto Leonidas Jara fue comisionado en 1948 para enmendar los errores. Bajo la experta dirección de Monseñor Sarzoza, corregidos los errores, se siguió la construcción. Pero antes de dar fin a esta historia recordemos que en 1893 el cura Nicolás Silva se llevó los trece cuadros para la iglesia de Guaytacama y muchos objetos de valor se perdieron, lo mismo que la reja de plata que guarnecía el nicho, robada por un sacristán. Fue ese en el año en que se sacaron los ladrillos y se entabló el templo, para proteger a la gente del reuma, pues hacía mucho frío en la nave. En 1908 el cura Amadeo Pozo contrató con el ebanista Emilio Mesías Gallardo un nuevo altar en S/ 250, el mismo que duró hasta que en 1923 lo reemplazaron con el actual, que es de mármol. En 1915 el sabio canónigo cuencano doctor Julio Matovelle, que visitó Cuicuno, halló a la capilla "pequeña pero hermosa". Fue en este año que el cura Pozo cortó aun más las secas ramas del árbol, para que todas quedaran dentro del nicho, como están ahora: la rama en la que están tallados el brazo y la mano derechos sufrió un destaje mayor: tenía una extensión de tres metros y "debió sufrir una poda a fondo, para incrustarle la moldura del nicho!". El valiente Cura Pozo, que no temió realizar esa nueva poda del santo árbol no fue castigado, a su acción no le siguió un vómito de sangre y la muerte, como al cura que hizo la poda anterior.

En 1956, terminada la obra dirigida por Monseñor Sarzoza, se inició la pintura. Dos maestros pintores quiteños, profesores de la Escuela Nacional de Bellas Artes, entonces muy conocidos y ahora olvidados, Ciro Pazmiño y Carlos Padilla, realizaron un enorme mural tras el altar mayor, que cuenta toda la historia del milagro inicial, cuando el Señor del Arbol fue hallado por el indio Domingo. Pintaron además otros murales con temas de la historia sagrada. Así describe Monseñor Sarzoza el mural principal: "La adorable imagen de Jesús agonizante resalta tallada en el grueso tronco, mientras numerosos querubines la circundan. El indio Domingo, de rodillas, con el hacha en la mano, mira extasiado la Santa Imagen, mientras se acercan al lugar del milagro la madre y los niños". El mural domina el presbiterio. El Arquitecto Antonio Russo planeó la nueva fachada y el resultado es un "conjunto que con razón debe ser calificado de magnífico". He aquí la historia de la más original de las devociones ecuatorianas.